

Retiro 29 abril 1959

SAN JOSÉ NUESTRO TRIPLE MODELO

San José es un santo del cual podemos decir para él solo todas cuantas cosas se dicen en particular de cada uno de los santos del cielo. Santa Teresa venía a decir que, así como hay santos que tienen como una especie de gracia singular para ciertos aspectos, problemas o asuntos de la vida –son como patronazgos concedidos por el Señor a dichos santos–, san José es universal. Es para todo.

Pero es que, además, la vida de San José se presta a que la consideremos nosotros de un modo especial.

Dios no ha creado al hombre para que sea un ser ocioso, un vagabundo aquí, en la tierra. Le ha dado un destino eterno, allá en el cielo; le ha puesto en la tierra para que lleve a cabo esa gran encomienda de su eterna salvación, haciendo obras, y obras dignas de mérito, obras dignas de premio; obras que, procediendo de almas en gracia, son ante Dios "graciosas", dignas de aplauso por parte del mismo Creador.

San José, entonces, se nos presenta como un modelo perfecto y acabado. Juntamente a ser el prototipo de la santidad en medio de esa vida ocupada en obras de artesanía, es también el modelo ejemplar de almas de vida interior, y como veremos, es asimismo el modelo de almas sacerdotales.

Modelo de santidad en la vida ordinaria.

Si encontramos un santo cuya vida fue, precisamente, el vivir en medio del trabajo de este modo sencillo, ordinario, normal, común, ése será un prototipo del cristiano por lo que respecta a su vida ordinaria. Pues ese santo es san José.

San José se santificó, se hizo un gran santo, cumpliendo perfectamente bien todo su trabajo, toda su labor de artesanía, a que se dedicó de por vida.

Esto, sin que sea en sí peligroso para la vida espiritual, pudiera llegar a ofrecer un cierto peligro de no levantar la cabeza más allá de esos trabajos que hemos mencionado –y que, ciertamente, conviene cumplirlos perfectamente bien– y "aquí paz, y después..." menos gloria.

No, no, no. ¡Por Dios! San José tuvo la gran virtud de elevar a categoría de perfección, santidad extraordinaria, una vida tan sencilla, tan normal y tan ordinaria como la suya, que fue la de un simple artesano de un pueblecito perdido allá, en la región de Galilea. Tuvo el arte de unir a esta vida de obrero manual toda la altura de un alma elevadísima en contemplación.

San José es el Modelo de almas de vida interior.

Nadie como él –de la Virgen siempre hay que hacer excepción–, nadie como él puede decir que estuvo en contemplación continua.

Si contemplar es permanecer con Jesús, escuchándole y hablándole, ningún santo ha tenido la suerte de vivir en familia con El. Y tan en familia, que era el padre legal de ese mismo Hijo de Dios, verdadero Hijo de su verdadera y auténtica esposa, la Virgen María.

Así entra en familia con Jesús, comparte la mesa con Él, vela su sueño; le va contemplando cómo desde recién nacido se desarrolla, hasta ser el muchacho ya crecido, que le ayudaba en las obras manuales de su taller. Y todo eso, sin perderlo de vista, sin quitar de Él sus ojos; siempre contemplando, siempre viendo, siempre escuchando a Jesús.

¿Y no es verdad que eso constituye la vida contemplativa esa postura del alma a los pies del Maestro, como María en Betania? Y él tuvo la suerte, no de estar una temporada más o menos larga, o pasarse la vida en profunda contemplación, como las grandes santas místicas, de un modo espiritual... No, no; sino de un modo material, diríamos, de un modo real y plástico; de manera que estaba realmente siempre con Jesús, contemplándole con sus ojos, con su mirada fija en El.

No es de extrañar, pues, que san José sea un santo muy preferido por las almas contemplativas, porque él es para ellas el modelo acabado y perfectísimo. Modelo de almas de vida interior.

Pero, claro, esta vida de contemplación, tal como la vivió san José –en familia–, la vivió "tratando" a Jesús. Y el "trato" con Jesús hace a san José:

Modelo de las almas sacerdotales.

El sacerdote no tiene que hacer más que una sola cosa. Le pondremos muchos nombres, pero en verdad, no tiene que hacer más que TRATAR CON JESÚS. Jesús en su ser físico y real, o Jesús en su ser místico, espiritual.

El ser físico, real, personal, de Jesús: la Santa Misa, es la Consagración, es la Sagrada Eucaristía. El sacerdote se pasa un rato de cielo en la tierra bendiciendo, besando, contemplando la persona del mismo Cristo Jesús. El sacerdote lo recibe, lo da y lo administra. El sacerdote no tiene más misión que TRATAR con el Cuerpo, digamos así, real de Cristo, o TRATAR con el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, que son las almas.

Cuando predica, cuando administra otros sacramentos, cuando absuelve o confiesa, dirige o aconseja, o cuando ejerce cualquier acto de su ministerio, todo él empleado en la salud de las almas, todo ello, en definitiva, es TRATAR el Cuerpo Místico de Cristo, que es la iglesia, que son las almas.

Y como resulta que José, por ser lo que fue y ocupar el puesto que ocupaba en Nazaret, se pasó toda la vida TRATANDO con Jesús y tratando de las cosas que directamente a Jesús se referían, sin ser sacerdote –no lo fue ni tenía por qué serlo–, resulta modelo de sacerdote. ¿Qué sacerdote se puede comparar con san José en la forma y modo de tratar a Jesucristo, real y verdadero? ¿Qué sacerdote pondrá tal finura y delicadeza y celo en las cosas que a Jesús se refieren, como José, que hizo de toda su vida un servicio a Jesús?

Si el sacerdote no tiene que hacer más que tratar a Jesús, en su Cuerpo físico, o en su Cuerpo Místico, no encontrará modelo más acabado que el glorioso Patriarca san José, que, aun sin ser sacerdote, es el perfecto ejemplar de las almas que "tratan" con Jesús, como le tratan los sacerdotes.

Ya sabéis que no hay más que un solo sacerdocio, el de Cristo, del cual, los que somos sacerdotes ordenados, participamos por un don que jamás podremos apreciar debidamente. El sacerdocio eterno de Cristo comienza a ser en la Encarnación, en donde se da esta doble maravilla hecha realidad: la Virgen Madre de Dios y Cristo Eterno Sacerdote. José, esposo de esa mujer que ha sido hecha Madre de Dios, tiene que hacer en la tierra –y para mí, lo hace estupendamente también en el cielo– las veces de padre del Hijo de Dios, el Único Sumo y Eterno Sacerdote. San José, pues, modelo de almas sacerdotales.

Todos, pues, en él puestos los ojos: "Ite ad Joseph". "Id a José" (Gn 41,55). Porque ahí tenéis el modelo de vuestra vida, en los tres aspectos: vida normal, sencilla, de casa de Nazaret, como es la vuestra; pero vida contemplativa: siempre a los pies del Maestro; y vida profundamente sacerdotal. No siendo Jesús –que es nuestro Camino, Verdad y Vida–, no siendo Nuestra madre Inmaculada, fuera de ellos, san José es el más acabado ejemplar nuestro, en esos tres aspectos.

Del glorioso Patriarca san José el Santo Evangelio no recoge ni una sola palabra, y sin embargo, en dos páginas nos pinta su grandeza. Cuando el ángel le dice: "José, hijo de David, no tengas temor alguno en tomar a María, tu esposa" (Mt 1,20), ahí está la grandeza de José: él es marido de una mujer que el cielo ha escogido para Madre de Dios.

Y la otra página evangélica, cuando decían las gentes, al escuchar a Jesucristo: "Pero, ¿Este no es el hijo del carpintero?" (Mt 13,55) –Sí, señor. Y cuando dice, asimismo: "Y Jesús contaba como de edad de treinta años, y era considerado como hijo de José" (Lc 3,23). He aquí la otra grandeza: ante el mundo, José era el padre de Jesús.

El Evangelio, pues, que nos habla tan claramente de la grandeza de san José, no nos recoge ni una palabra suya. Podríamos decir, con buen humor, que, teniendo sólo en cuenta lo que refiere el Evangelio, no sabemos ni qué timbre de voz tenía José, ni siquiera si sabía hablar. Pero sabemos que Dios le escogió para una misión tan grande, y que él la cumplió en el silencio más absoluto.

"Ite ad Joseph", "Id a José", para que aprendáis de él a ser almas santas en la normalidad sencilla de vuestra vida, siempre a los pies del Maestro divino, cumpliendo como él vuestra vocación.

Que Jesús, Eterno y Sumo Sacerdote, os lo conceda. Que la Virgen, Madre de Cristo Sacerdote, os lo alcance. Y que en todo interceda como protector especial, nuestro gran modelo y ejemplar, el glorioso Patriarca san José.